

[Un llamamiento a una nueva bandera (prefacio a M. Reese)]

León Trotsky

13 de marzo de 1934

(Versión al castellano desde “Un appel pour un nouveau drapeau”, en L. Trotsky (P. Broué editor), *Oeuvres*, Tomo 3, Institut Léon Trotsky, París, 1978, páginas 252-254. T 3654-55. Se trata de un prefacio a un folleto de Maria Reese que no parece haberse publicado.)

El panfleto de la camarada Reese¹ se basa más en su experiencia política inmediata y en sus vivencias personales que en consideraciones históricas y teóricas generales (y eso es precisamente lo que hace tan interesante este texto). Al leerlo, el obrero pensante revivirá una vez más los grandes acontecimientos de Alemania y comprobará las consecuencias políticas que ha extraído de ellos para sí mismo. Esto era ciertamente necesario para el obrero alemán, pero este folleto será particularmente útil para los obreros de los países donde el fascismo se dispone por primera vez a utilizar el poder del estado como fuerza contundente para aplastar al proletariado. Sólo será posible desarmar a la reacción desatada si la vanguardia proletaria internacional llega a comprender las causas que provocaron la monstruosa derrota del proletariado alemán, las estudia cuidadosamente y las asimila a la perfección.

El trabajo del camarada Reese es una acusación contra los dos aparatos que, en el sabotaje de la revolución proletaria, han desempeñado papeles ciertamente muy diferentes en sus motivos y métodos, pero igualmente desastrosos en sus resultados: las secciones alemanas de la II y la III. Al igual que el ejército en la guerra, el partido proletario tiene que demostrar su valía en la situación revolucionaria. Para el partido socialdemócrata, el mero hecho de que las contradicciones de la democracia burguesa se hubieran concentrado en una crisis que no podía resolverse por medios democráticos ya significaba la muerte política. El hecho de que el partido comunista abordara esta exacerbación sin precedentes de las contradicciones en un estado de impotencia, indeterminación e irreflexión es una prueba irrefutable de que su actitud y su formación política y teórica previas eran inadecuadas y erróneas.

Las reacciones de la socialdemocracia austriaca tras la experiencia alemana demostraron que los partidos de “izquierda” de la II Internacional también estaban completamente esclerotizados y descompuestos, y que no podían extraer ninguna lección revolucionaria de la terrible experiencia del proletariado alemán. La valiente lucha de los obreros austriacos solamente demuestra que el proletariado, incluso en las condiciones más adversas y con la peor dirección, puede mostrarse valiente y capaz de luchar. El hecho de que algunos dirigentes socialdemócratas hayan participado en estas batallas es, en el mejor de los casos, una prueba de su valentía personal. Pero la clase obrera exige de sus dirigentes comprensión política y coraje revolucionario, cuya ausencia no puede ser suplida por virtudes personales, impulsadas además por los acontecimientos. La burguesía media es a menudo capaz, cuando sus costumbres y comodidades se ven amenazadas de ser perturbadas, de utilizar la pólvora. Pero se trata de dar sistemáticamente a la vanguardia una educación revolucionaria y de ganarse la confianza de la mayoría de la clase obrera en la claridad de visión y la audacia del estado mayor proletario. Sin esto, la victoria es absolutamente imposible. Durante años, la socialdemocracia austriaca ha amenazado con responder con la violencia si se infringían sus derechos democráticos. Al hacerlo, transformaba la acción revolucionaria en una

¹ “[Un asunto a tomarse en serio. Carta Held (Epe) (sobre Maria Reese)]” y “Maria Reese y la Comintern”, en esta misma serie de nuestras EIS.

amenaza jurídico-literaria que ni siquiera ella misma se tomaba en serio. Sólo una dirección que prevé la inevitabilidad de la revolución, que hace de esta previsión el principio básico de su acción y que extrae de ella todas las consecuencias prácticas, puede estar a la altura del momento crítico de la situación. Por eso, a pesar de las acciones heroicas del proletariado austriaco (y, en cierta medida, gracias a estas acciones heroicas), el fracaso de la II Internacional en Austria no es menos evidente, no es menos definitivo que en Alemania.

Dirijamos nuestra atención, por ejemplo, a la pequeña Noruega: allí también encontramos un partido socialdemócrata² que no es “poderoso” más que por el número y que, ciertamente, bajo la dirección de Tranmael, no ha podido hasta ahora unirse oficialmente a la II Internacional, pero que está llevando a cabo su “marcha triunfal” singlando en la estela del austromarxismo y, por tanto, con todas sus fuerzas está abriendo el camino al fascismo noruego.

Pero las cosas tampoco pintan mejor para la III Internacional. Quienes de las experiencias alemana y austriaca sólo extraen la confirmación de los llamados “pronósticos” de la dirección de la Comintern, no representan más que un caldo de cultivo del anquilosamiento burocrático. Si la pasividad y el fatalismo desmoralizador del partido comunista de Alemania y el completo abandono del partido austriaco en el momento decisivo no les enseñan nada, ¿qué otra cosa, pregunto, podría enseñarles? También podemos ver que, en las secciones francesa e inglesa, y en todas las demás secciones de la desgraciada Comintern, la teoría del “socialfascismo” todavía sigue hoy haciendo crecer sus flósculos más bellos. Los burócratas comunistas están llenos de consignas como “la revolución de octubre”, “sóviets por todas partes”, etc. Pero ni siquiera han comprendido las primeras letras del alfabeto de la revolución proletaria. Los sóviets se desarrollaron a partir de las formas organizativas del frente único combativo de la clase obrera. Sobre la base de las organizaciones de autodefensa, de las manifestaciones callejeras, de las grandes huelgas, etc., se forma la concentración organizativa de las masas trabajadoras, obligando incluso a las organizaciones conservadoras a participar en esta organización, aunque sea con la intención oculta de destruirla más tarde (los mencheviques rusos en 1917, los socialdemócratas alemanes y austriacos en 1918-1919, etc.). Los partidos estalinistas, que obstruyen, sabotean y rompen todas las formas organizadas del frente único, bloquean políticamente el camino hacia la creación de sóviets. Y la doctrina del socialfascismo fue y sigue siendo la coronación teórica de este sabotaje de la revolución.

Así pues, no podemos sacar otra lección de los acontecimientos más que la de la necesidad de crear una nueva élite revolucionaria, de reunir a la vanguardia proletaria bajo una nueva bandera, es decir, de formar nuevos partidos y una nueva internacional. Y que el panfleto de Maria Reese termine con un llamamiento en este sentido es lo que tiene de políticamente positivo.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

² El ataque tiene por objetivo del DNA.